

## Octubre, número cero

**C**on frecuencia leo o escucho que Rafael Alberti y María Teresa León fundaron la revista *Octubre* en 1934 y que su difícil andadura se ciñó a cinco salidas con seis números (el 4-5 fue doble), lo cual implica, entre otras cosas, una notable inexactitud cronológica y la llamativa omisión de su *Adelanto*.

Lo de la cronología se explica pronto y carece de discusión, a no ser que algún erudito demuestre (todo pudiera) la radical falsedad de los datos estampados en las cubiertas de los números, 1, 2, 3 y 4-5, donde respectivamente se dan las fechas de junio-julio, julio-agosto, agosto-septiembre, y octubre-noviembre de 1933. Sólo el sexto corresponde al treinta y cuatro, y aun eso más bien a medias, porque encima de la indicación «abril, 1934» parece otra, tachada pero perfectamente legible, con la de «diciembre-enero, 1934», la que correspondía a la periodicidad bimensual de la revista, cuyo retraso, en frase no por tópica menos exacta, respondería a nada amables imperativos de Gobernación:

Una parada, un alto en la revista *Octubre*, no podían ser sino impuestos. La suspensión de nuestros propósitos de trabajo la dio una orden gubernamental. Ignoramos por qué...<sup>1</sup>

Así pues, la cosa no deja de resultar paradójica, pues paradójico es datar la fundación de una revista precisamente cuando desaparece. Esto de la cronología y las inexactitudes tal vez parezca cuestión de escasísima monta, y hasta es posible que lo sea, pero eso no justifica las dataciones caprichosas ni es síntoma, contra lo que a veces parece insinuarse, de genialidad en la interpretación de los textos. Más bien suele suceder al contrario: un desaliño suele reflejarse en el otro y viceversa. Además, en último caso, nunca hay razones para reinventarse cronologías o citar como al desgaire, perpetuando toda suerte de imprecisiones, mientras se simula tener los textos a tiro de ojo sobre la mesa.

En fin, vayamos con la cuestión del *Adelanto*, cuyo escamoteo o casi sistemático olvido ya va resultando injustificable, en especial porque, aunque a destiempo, ha sido reproducido en facsímil. Haré brevísimos cuento de tal historia.

<sup>1</sup> Puertas adentro, n.º. 6, p. 2.

## El «Adelanto de la revista *Octubre*»

Cuando en 1977 salió la reimpresión facsimilar de la revista *Octubre*, reimpresión que adolece de algunos descuidos bien censurables (incluso hay páginas cambiadas de número), inmediatamente reparé en que la reproducción se limitaba a los seis volúmenes ya referidos, haciéndose caso omiso de un *Adelanto* al parecer no encontrado aunque sí conocido, pues Enrique Montero, prologuista de *Octubre* y eficaz impulsor de aquella magnífica «Biblioteca del 36» de la editorial alemana Topos Verlag y Ediciones Turner, daba en su texto rápida cuenta del mismo con estas palabras:

Antes de la aparición de la revista propiamente dicha, los redactores lanzaron un adelanto que se llamó precisamente *Adelanto de la revista de Octubre*. De formato de periódico e impresa en mal papel. Tenía dos folios y llevaba, entre otras contribuciones, poemas de Alberti y Aragón<sup>2</sup>.

Así pues, en Topos Verlag/ Turner no habían dispuesto de ningún ejemplar del *Adelanto* a pesar de las minuciosas búsquedas de Enrique Montero, investigador de probada capacidad y exhaustivo conocimiento de los fondos bibliográficos españoles del período, conservados en las bibliotecas no ya nacionales sino también europeas. Y es que debido a sus nada propicias características (gran formato y pésimo papel prensa, débil y en extremo quebradizo), podía razonablemente suponerse que apenas habría llegado a salvarse un contadísimo número de los sin duda muchos *adelantos* impresos, en su mayor parte repartidos en mano en la calle o a la salida de centros de trabajo o agrupaciones obreras, circunstancias que con toda probabilidad determinarían la casi inmediata destrucción de gran parte de la tirada.

Sin embargo, y como siempre sucede, mediaron las correspondientes excepciones, y por fortuna para mí, una de esas excepciones me salió al encuentro en forma de llamada por teléfono desde Alicante. Allí, en aquella ciudad, un combatiente republicano enterró en un baúl de metal su biblioteca nada más concluida la guerra. Y al cabo de los años, en 1977, la ponía a mi incondicional disposición. Gravemente enfermo, de ningún modo quería que se perdiese y, con generosidad que nunca pude ni podré pagar, me la regaló. Ni siquiera me dijo su nombre.

Por mi parte, hice entonces lo menos que debía hacer: entrar en contacto con los editores de la reimpresión facsimilar de *Octubre* para ofrecerles el magnífico ejemplar del *Adelanto* que la fortuna había depositado en mis manos. El cual, por supuesto, fue por ellos reproducido, con una notita de Enrique Montero, al cabo de muy pocos meses de llegar a las librerías el resto de la revista.

Tal edición, sin embargo, no ha bastado para sacar del olvido aquella publicación, y esto, creo yo, obedecería en sustancia a dos razones: lo exiguo de la tirada, cifrada en contados centenares de folletos, y al inevitable handicap de que *Octubre* y su *Adelanto* saliesen en volúmenes independientes y en distinta fecha, lo que a su vez determinó que bastantes bibliotecas públicas, donde las recibieron por separado y sin apa-

<sup>2</sup> Edición cit.: «*Octubre: revelación de una revista mítica*», introducción de Enrique Montero, pp. 15-16.

rentes nexos de relación, procedieran a ficharlas como obras distintas, que sólo de esa manera, por más extraño que en principio parezca, acierto a explicarme no pocos olvidos o, mejor dicho, clamorosos despistes. Y de ahí, para corregirlos, las siguientes notas. Unas notas, pues, en lo fundamental descriptivas.



Impreso en Madrid, sobre un papel prensa de ya subrayada bajísima calidad, en un formato de 32 x 44 cm. y con el título estampado en llamativas letras rojas y negras, el *Adelanto*, dos hojas aprovechadas por ambas caras que se vendían a 20 céntimos, hizo acto de presencia en la calle en la crucial festividad del 1º de mayo de 1933, siendo para empezar voceado y repartido a la salida de los mítines y manifestaciones celebrados en dicha fechas.

Y lo primero, por supuesto, era una rotunda declaración de principios, una declaración cuya ausencia siempre habían lamentado los estudiosos en general de la época y, más en concreto, quienes de uno u otro modo abordaron el tema del compromiso de los intelectuales y, en especial, el de la significación de Rafael Alberti y su compañera María Teresa León. Recordaré por ello sus cinco puntos básicos; a saber:

1º.) *Octubre* no será la revista minoritaria de ninguna agrupación. Al contrario, *Octubre* aspira a convertirse en el órgano de todos los escritores y artistas revolucionarios que, afirmándose en tal condición, quisieran colaborar en sus páginas. Precisan-do más: *Octubre*, de manera voluntaria, renuncia a ser, *por ahora*, se matizaba, el portavoz oficial de la recién creada Unión de Escritores y Artistas Revolucionarios, pero según se creía conveniente aclarar tampoco era una disidencia. Ni muchísimo menos, sus redactores estaban lógicamente a favor de la U.E.A.R. (y escribo *lógicamente* porque ellos formaban, y poco más que a ellos se ceñía, el círculo de sus impulsores) e incluso se atrevían a recomendar «a todos los camaradas la agrupación en sus filas». Con tales matices, de nada escaso calibre, procede reconocer que la declaración de independencia no dejaba de manifestarse, valga la paradoja, muy dependiente, aunque menos, eso sí, de lo que la crispación de los tiempos hubiese podido legitimar. No conviene perder de vista ninguna de estas dos apreciaciones, complementarias y mutuamente iluminadoras ambas.

2º.) La revista seguía la declaración, aceptaba los puntos aprobados en el Congreso de Kharkov, celebrado tres años antes, en 1930; éstos: a) explícitamente y con decisión se manifestaba contra la guerra imperialista; b) en sentido positivo, apostaba sin ambigüedades por la Unión Soviética, alineándose en paralelo contra el fascismo; y c) *Octubre*, en tanto que órgano intelectual, lucharía al lado del proletariado.

(Éstas cuatro premisas quedarían en lo sucesivo incorporadas a la cabecera de la revista, debajo de la indicación «Escritores y Artistas Revolucionarios», conformando una especie de sucinta declaración de principios que rezaba así: «*Octubre* está contra

la guerra imperialista, por la defensa de la Unión Soviética, contra el fascismo, con el proletariado»).

3º.) En cuanto a la literatura, *Octubre* prometía combatir «todas las formas y las expresiones de la literatura burguesa», haciéndolo más con persuasión que con desatención, sin desbocamientos y al margen de posturas maximalistas o irresponsables. Instalados en el método del materialismo dialéctico, sus redactores apuntarían al objetivo de «descubrir a los ojos de los jóvenes escritores y artistas las fallas y la caducidad del dominio burgués» para conseguir atraérselos al campo de la revolución.

4º.) En lógica correspondencia con el propósito subrayado en el punto precedente, *Octubre* se anunciaba como cabal exponente del desarrollo de la literatura revolucionaria en el mundo, aspecto al que pensaba dedicar una muy preferente atención informativa especialmente volcada a la situación de la literatura y el arte en la Unión Soviética. Allí, seguía la declaración, triunfante el socialismo, «los problemas y el desarrollo del arte siguen una marcha distinta».

y 5º.) Para concluir, una afirmación/ negación en directo lanzada contra la concepción artística propia de la burguesía: nada de castas intelectuales superiores ni de exclusividades sociales o políticas en el terreno de la creatividad. Frente al elitismo de las publicaciones elaboradas por y para los profesionales de la literatura o el reducido círculo de *los cultos*, *Octubre* daría en pie de igualdad cabida en sus páginas a «correspondencias obreras, impresiones de las fábricas y del campo, artículos de lucha» y otros materiales de similar factura. «Nuestra misión», insistían los redactores, consiste «en acoger estos balbuceos de un arte incipiente y estimular a sus autores, adiestrarlos con nuestros conocimientos y nuestras experiencias para poder enriquecer la literatura proletaria de mañana».

En consecuencia, la «Declaración de principios» recién glosada esclarece de modo definitivo el papel que *Octubre* aspiraba a llenar de una manera consciente y bien meditada. Contra el sentir de algunos críticos, la empresa, planificada a partir de unos presupuestos teóricos muy claros, tenía los objetivos establecidos desde el comienzo, lo cual puede verificarse con sencillez si se procede a leer los seis números de la revista a la luz de los puntos más arriba señalados.

Repárese, verbigracia, en la inicial negativa a convertirse, autolimitando su potencial campo de penetración social, en el órgano «minoritario de ningún grupo», manifestando en contrapartida el firme propósito de brindar posibilidades de expresión al conjunto de los escritores revolucionarios, entendiendo por tales no sólo a los que militasen en determinados partidos o agrupaciones, sino también a quienes, a partir de posturas independientes, mantuvieran una actitud progresista, término éste si se quiere bastante ambiguo por amplio, pero dado el signo sectario de los tiempos precisamente en eso radicaba su mejor virtud. Que así se explican las incorporaciones, tan valiosas, de Emilio Prados, Luis Cernuda, Pedro Garfias y Arturo Serrano Plaia o la para muchos todavía desconcertante colaboración del mismísimo Antonio Machado, autor imposible de captar para el proyecto de haberlo basado en otra actitud.